

# ✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

## *Si Scires Donum Dei...*

*“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que Yo daré es mi misma carne para la vida del mundo...”*

—Juan 6,51-52



## *Luz del mundo*

En su libro *Healing through the Mass* (Sañando a través de la Misa), el Padre Robert DeGrandis S.S.J., relata lo siguiente. La N.A.S.A., agencia espacial estadounidense, hizo ciertos experimentos con un tipo de cámara especial que podía mostrar los niveles de energía en el cuerpo humano a través de un monitor. Esta energía muestra una especie de aura que rodea el cuerpo.

El interés de la NASA en dichos experimentos era para investigar los efectos de los viajes espaciales en los astronautas que entraban en órbita. Cuando llevaron su investigación a un hospital, descubrieron que cuando una persona está agonizando, el aura es cada vez más delgada y desaparece cuando muere.

Los científicos que llevaron a cabo este experimento se hallaban en una habitación contigua, detrás de un espejo de doble vista. Así, pudieron ver con su cámara que otro hombre ingresó en la habitación y una luz muy brillante salía del bolsillo de su saco. El hombre tomó un objeto de su bolsillo e hizo algo que llenó todo el cuarto de luz, al grado que los investigadores ya no pudieron ver nada más a través de la cámara. Entonces corrieron al cuarto para ver qué estaba provocando esa luz.

Descubrieron que el hombre agonizante estaba recibiendo la Sagrada Comunión de manos de un sacerdote. Regresaron donde la cámara y vieron que el aura que lo rodeaba se hacía más intensa y brillante. Aunque el científico que dirigía el experimento ya rondaba los cincuenta, decidió convertirse en sacerdote después de haber atestiguado este suceso.

El hombre agonizante fue fortalecido al recibir a Jesús en la Sagrada Comunión. Y es que en la Hostia Santa, Jesús es alimento no sólo

para el cuerpo, sino también para el alma. De ahí que el aura del enfermo se agrandara, había recibido el regalo más grande—el regalo del Padre.

Generalmente pasamos por alto que la Presencia Real de Jesucristo en la Eucaristía es un regalo de Dios. Y quizá también nos hemos acostumbrado a recibirlo en la Santa Misa, olvidando la grandeza de la Comunión. Sólo Jesús pudo hacer que la cámara de la NASA fuera cegada con Su luz.

Y nosotros podemos recibir la luz de Cristo todos los días. En la Santa Misa, Jesús celebra un banquete para nosotros. Hay tanta energía cuando celebramos con Dios...

El científico de la NASA tuvo el privilegio de descubrir de una manera portentosa que que había gastado su vida en la ciencia, pero sin Dios.

No esperemos a que una desgracia toque a nuestra puerta para descubrir que también nosotros gastamos nuestra vida en muchos afanes, pero hacemos a un lado el regalo de Dios—Jesucristo real y verdaderamente presente en la Eucaristía.

No perdamos un día más. Celebraremos con Dios cada día, asistamos al encuentro con Él en la Santa Misa. Entonces nuestra vida tendrá sentido, podremos llevar la luz de Cristo a los demás y seremos como Él nos pide en Su Evangelio: luz del mundo.



## OH JESÚS, TE ADORO COMO MI DIOS

Oh Jesús profundamente oculto en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, despojado en tu Sacramento de toda apariencia de grandeza y majestad, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, despojado en tu Sacramento de toda apariencia de esplendor, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, despojado en tu Sacramento de toda apariencia de belleza, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, despojado en tu Sacramento de toda apariencia de poder, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, despojado en tu Sacramento de toda apariencia divina y humana, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, anonadado en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, atado y cautivo en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús silencioso en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús obediente en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús elevado en tu Sacramento como un signo de contradicción, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús desconocido en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús universalmente olvidado y descuidado en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús abandonado y solitario en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, pagado con indiferencia e ingratitud en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, blasfemado en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, harto de rechazos en tu Sacramento, te adoro como mi Dios.

Oh Jesús, profanado en tu Sacramento, te



El Señor concede a ciertas almas predestinadas una mayor gracia desde el principio. El Señor derramó en el corazón de Imelda Lambertini –nacida en 1322, en Bolonia, Italia– bendiciones y virtudes desde su infancia, lo que a todos llenaba de asombro. De gran candor, humildad, obediencia y piedad, sus cercanos notaban que era todo amor para Dios y para los que la trataban.

A los 9 años de edad fue recibida en el monasterio de las Hermanas Dominicas en Valdi Pietra, cerca de Bolonia, como religiosa. A causa de su edad no había hecho la Primera Comunión, pero su deseo más ferviente era recibirla. Al año siguiente, vigilia de la Ascensión, Dios obró un prodigio especial. Mientras las religiosas daban gracias a Dios después de la comunión, apareció entre resplandores en el aire, una Hostia consagrada que fue descendiendo y se fijó delante de la niña a la altura de su frente y allí permaneció. Las religiosas, testigos del milagro, llaman al sacerdote, quien reconociendo la voluntad de Dios, toma reverente la Hostia y la coloca en la lengua de la pequeña. Apenas comulgó, Imelda cruzó sobre su corazón las manos como abrazando al Señor, cerró sus ojos y quedó como dormida en los brazos de Jesús. Mucho rato después, cuando la priora fue a buscarla la encontró muerta, pero aún arrodillada ante el altar. Era el 12 de mayo de 1333. Fue sepultada en el mismo convento donde murió.

adoro como mi Dios.

Oh Jesús tratado en tu Sacramento por la mayoría de los hombres como si no tuvieses ni grandeza, ni majestad, ni esplendor, ni belleza, ni poder, ni vida divina, ni siquiera vida humana, te adoro como mi Dios.